

25 DE AGOSTO DE 1879.

Madrid.

Puesto que en la revista del pasado lunes de-
fiqué algún espacio a los trabajos y habilida-
des de los célebres artistas Venoa y Chirwing,
no quiero ser descortés con Mr. Kennette,
acrobata terrorífico.

Sus ejercicios, mas que notables por su mé-
rito, son dignos de elogio por su oportunidad. En
todo cabe la oportunidad, incluso en la gim-
nasia.

El público ha ido acostumbrándose a experi-
mentar sensaciones fuertes, presenciando dia-
riamente ejercicios peligrosísimos. El gimnasta
mas de moda no es el mas inteligente en su
arte, sino el que mas violentas sensaciones nos
hace experimentar. El sistema de fortalecer el
alma por medio de las duchas morales, es con-
secuencia natural del sistema hidroterápico
en boga.

Mr. Kennette hace descender el alma por la
montaña rusa del horror.

Y en otro tiempo, en la noche del debut, hu-
bieran ingresado algunas docenas de señoras
desmayadas en las casas de socorro; quebrado
por tan rudo choque el hilo de plata de la sensi-
bilidad... hoy—lo han visto Vds.—los lindos sé-
res que medio ocultan su rostro bajo esa espor-
tilla aristocrática por la moda con el capri-
choso nombre de *Niniche*, no se desmayan ni
se aterrorizan, casi... lanzan el ¡ay!... mas agudo
de su repertorio, y al ver que la caída del ar-
tista es una broma y la explosión un garbanzo
de pega... se echan a reír avergonzadas de su
exceso de sensibilidad.

—No me gustan estas bromas! exclamó una
pollita, revolviéndose bajo su enorme *Niniche*,
como una paloma bajo un cobertizo de paja...

—Tiene Vd. razón—la dijo un caballero de
aspecto militar que tenía una especie de sauce
por bigote—tiene Vd. razón, estas cosas ó se
hacen de verdad ó no se hacen... Mr. Kennette
es un artista trágico-ridículo.

—Estas cosas—añadió un pollo—sólo se sa-
ben hacer en los Estados Unidos. Yo no sé si
ustedes recordarán que cierto artista célebre
anunció una conferencia en un teatro sobre la
ninguna importancia, trascendencia, ni valor
real de la vida. El programa decía que el ar-
tista, en prueba de sus convicciones, al terminar
su discurso se pegaría un tiro.

—Sobrevivió, señores.

—Sin embargo, el teatro estaba casi vacío.
El artista apareció, en efecto, y disertó sobre
el negro tema con elocuentísima palabra, ha-
ciendo una apología seductora del suicidio y una
notable recopilación de los medios mas eficaces
para dar fin a la vida... Se nos hacia agua la
boca oyéndole... Después nos dijo que él prefe-
ría a todos los procedimientos el revolver, y
se levantó la tapa de los sesos.

—¡Jesús!

—Al otro día todo el mundo se lamentaba...

—De la falta de prevision de las autoridades...

—No señor... de no haber asistido.

Los que se han quedado en Madrid pasan el
tiempo hablando de los que están fuera. Cuando
no se entretienen con los ausentes, se consue-
lan recordando que otros años viajaban ellos
también.

Estos son los que sacan el único provecho de
los viajes, por aquello que dijo no sé quién, de
que no se viaja por viajar, sino por haber via-
jado.

El viaje, en sí mismo, sobre todo cuando no
se dispone de una gran fortuna, es tan sólo una
serie de incomodidades... El verdadero placer
está en recordar luego, de vuelta en la patria,
esas incomodidades mismas, que la fantasía
dora como el sol las nubes de lejano horizonte.

Entonces son los juicios atrevidos: la crítica
topográfico-político-administrativo-social he-
cha a cinco minutos por hilómetro; la descrip-
ción de los sitios, ciudades y monumentos, vis-
tos al trotar de los caballos de un landó; y la
reseña de aventuras novelescas llenas de nom-
bres de mujeres célebres y de vírgenes desco-
nocidas.

No se viaja en efecto, por viajar, se viaja por
negocios; y en este caso el viajar es ir por el
camino mas corto a buscar el dinero que nece-
sitamos ó se viaja... por darse cierto barniz de
ilustración, de modernismo, de hombre a la al-
tura del siglo.

Yo confieso que he perdido mucho la afición
de los viajes... ¿Qué es un viajero? Una espe-
cie de limon que estrujan los fondistas: una
maleta que llevan a la estación con solo vues-
tras iniciales en la tapa, y que vuelve toda lle-
na de etiquetas de hoteles famosos, y parones
del ferro-carril.

En la actualidad prefiero viajar desde mi bu-
taca recorriendo con mis ojos los países des-
critos y dibujados en un libro: prefiero que via-
jen otros para mí.

Después de todo... si los que escriben libros
de viaje mienten, nunca, seguramente, os en-
gañarán tanto como os hubieran engañado
vuestros propios sentidos... En los sitios mate-
riales veais los objetos, en el libro que os ha-
bla de ellos, veais las ideas.

Un libro de viajes es el país mismo mirado
con unos gemelos de teatro invertidos; todo
aparece mas dibujado y mas lindo.

La única manera de viajar con provecho... es
quedarse en casa.

Este artículo no debe concluir aquí, porque a
ello se opone la armonía que se funda en las
proporciones de un objeto cualquiera; siquiera
sea el mas insignificante.

He de concluir, sin embargo, forzosamente,
por falta de espacio... Con una frase feliz me
bastaría, porque el equilibrio de una obra lite-
raria puede estar en una frase tan solo.

Pero es inútil buscar... Leed las correspon-
dencias que escriben los que están fuera... to-
do viaja...

¡Hasta las frases!

Un lunático.

La ficción y la realidad

en el estudio de la Naturaleza.

El estudio de las ciencias está poco cultivado
entre nosotros, porque juzgamos las maravi-
llas de la Naturaleza superficialmente y por
apariencias frías. Se respira el ambiente
perfumado por el aroma de las flores, se goza
del calor y de la luz del sol, se disfruta de los
beneficios que reporta el reino vegetal, se con-
templa el soberbio espectáculo de las rocas
estrelladas, sin que esto apenas nos impresio-
ne, sin que intentemos inquirir la causa de
tantos portentos. Esto reconoce por causa nues-
tra falta de cultura y la preferencia y superio-
ridad que equivocadamente damos a la imagi-
nación sobre el estudio de las ciencias. La im-
aginación, entregada a sus propias fuerzas, crea
ficciones mas ó menos estáticas, mas ó menos
útiles; pero sin inspirarse en la realidad de la
ciencia, no contribuye jamás al progreso so-
cial, ni llena de esplendores al mundo de las
ideas. Cultivar las ciencias es dar vida a la
poesía, pues la Naturaleza es la única fuente
de inspiración y de belleza. Los poetas anti-
guos, como los poetas y novelistas modernos,
han creído lo contrario, es decir, que la fábula
era superior a la realidad; pero unos y otros se
han engañado.

Los grandes pensadores que se han identi-
ficado con el espíritu moderno, han puesto sus
inteligencias al servicio de la ciencia. En este
caso se encuentran, entre otros, Michelet y
Mad. George Sand. En edad avanzada penetra-
ron en el augusto templo de la Naturaleza, y al
contemplar su majestuosa grandeza, quedaron
sorprendidos por haber ignorado y despreciado
tantas maravillas.

—(Me avergüenzo, decía Michelet a sus ami-
gos, de haber desconocido hasta el último pe-
riodo de mi vida la riqueza que atesora el estu-
dio de las ciencias, y que la Naturaleza es el
manantial de todo goce y de todo amor.)

La historia de las ciencias y la de sus gran-
des hombres están llenas de hechos interesan-
tes que corroboran nuestro aserto; pero de és-
tos, ninguno es mas importante, ni ofrece un
interés mas palpitante, que un episodio ocurri-
do en la larga vida científica de Euler, y que
vamos a referir a los lectores de EL LIBERAL.
Es tan curioso é instructivo que merece ser
muy popularizado.

Leonardo Euler nació en Basilea (Suiza) en
1707. Dotado de un talento de primer orden y
de una ilustración universal, «fue—según dice
Condorcet—uno de los hombres mas grandes y
mas extraordinarios que la Naturaleza ha pro-
ducido jamás.»

Espíritu investigador y al mismo tiempo mis-
térico, era tan hábil matemático como profunda-
mente religioso.

Discutía tranquilamente en cierta ocasión, en
1760, con un amigo suyo, ministro de una Igle-
sia de Berlín, y habiendo recaído la conversa-
ción sobre religión y filosofía, se quejaba
Euler amargamente de la tibieza y falta de fé
en materias religiosas que se notaba en su
época, á causa de la activa propagación de las
ideas racionalistas.

—La religión está perdida, dijo Euler a su
amigo, la fé carece de base, y si esto sigue así,
¿qué será de la religión? ¿Qué de las verdades
reveladas?

—Tiene Vd. razón, amigo mio, respondió el
ministro: la incredulidad cunde por todas par-
tes y mata en flor los sentimientos mas nobles,
y el corazón ya no se deja conmover ni aun por
el espectáculo de las bellezas y maravillas de la
Creación. ¡Querrá Vd. creer que he presentado
esa Creación en todo lo que tiene de mas her-
mosa, encantadora y poética; que he citado los
filósofos antiguos y los pasajes mas notables
de la Biblia, y que el auditorio no me ha hecho
caso, y unos se han dormido y otros se han
salido del templo!

—Grave es lo que Vd. me dice, dijo Euler, y
es necesario evitar en lo sucesivo esos tristes
espectáculos en el templo; pero créame usted,
amigo mio, la manera que ha tenido Vd. de ex-
poner las ideas ha sido la causa principal de
esa desgracia. Haga Vd. el experimento que le
voy a indicar. En vez de tomar la descripción
del Universo en las obras y sistemas cosmogó-
nicos de los filósofos griegos y en la Biblia,
tómela Vd. en las obras de los astrónomos con-
temporáneos, y descubra á su auditorio el Uni-
verso tal como es y le presenten los descubri-
mientos modernos.

En el sermón, de que tan poco caso han he-
cho los fieles, habrá Vd. tratado probablemente
de los cielos de cristal de que hablan Tolomeo
y los filósofos antiguos, encajados unos en otros
como las capas de una cebolla; dígales que no
existen, y que los cometas, circulando en todas
direcciones por la esfera celeste, le harían tri-
zas. Habrá Vd. dicho también que el sol gira
alrededor de la tierra, y que según Anaxágo-
ras, es tan grande como el Peloponeso. Díga-
les Vd. que está en el centro de nuestro sistema
planetario, y que, según medidas exactísimas,
es 1.400.000 veces mayor que nuestro globo,
del cual dista 37 millones de leguas. No habrá
usted distinguido los planetas de las estrellas
sino por el movimiento: adviértales Vd. que
son otros tantos mundos como el nuestro: que
Venus es tan grande casi como la Tierra; Mer-
curio y Marte mucho menores; Júpiter 1.400
veces mayor, y Saturno 900 veces. Describa-
les Vd. los anillos que rodean á Saturno en el
sentido de su ecuador, como una corona es-
plendente, y hábleles de las lunas que alumbran
las noches de esos cuerpos celestes. Al hablar
de las estrellas, consigne Vd. que son verdade-
ros soles, tales como el nuestro, centros de
otros tantos sistemas planetarios; y al tratar
de las distancias que separan á los astros, no
cite Vd. leguas: los números darían un concep-
to demasiado abstracto y no lo entenderían.
Para hacer esto comprensible, tome Vd. por
escala la rapidez de una bala de cañón, ó toda-
via mejor, la velocidad de la luz. Dígales que este
celeste mensajero recorre 77.000 leguas por se-
gundo, y añada Vd. que, á pesar de esta espán-
tosa rapidez, tarda en llegar del sol á la tierra
8 minutos y 13 segundos; 40 minutos desde

Jupiter y tres años desde la estrella mas pró-
xima á nosotros.

Diga Vd. algo sobre la Vía-láctea: demuestre
usted que no es el camino del sol ni que debe
su origen, como creía la mitología antigua, á
las gotas de leche que el niño Hércules dejó
caer del pecho de Juno, ni que es la señal de la
soldadura de los cielos según decía Teofrasto,
sino una nebulosa enorme, de inconcebible mag-
nitud y de forma lenticular aislada en lo infini-
to, compuesta de un número asombroso de es-
trellas tan voluminosas como nuestro sol, en-
tre las cuales median distancias espantosas.

Tales, en resumen, el consejo que el gran
Euler, movido por su amor á la ciencia, dió á
su amigo. Este estudio profundamente el asunto,
tomó los datos necesarios y acometió la em-
presa. Se había identificado tanto con el espí-
ritu de Euler, que en vez del mundo de la fábula
reveló a su auditorio el mundo de la ciencia. A
los pocos días de esta ocurrencia se hallaba
Euler en su biblioteca ocupado en sus habitua-
les estudios, cuando vino á su amigo con
semblante triste y en una actitud muy abatida.
El filósofo, impresionado fuertemente por
este incidente, se levantó exclamando con vehe-
mencia:

—¿Qué le ha pasado á Vd.? ¿Viene Vd. á
anunciarme otra nueva desgracia?

—¡Ah! querido amigo, respondió el ministro;
¡qué desgraciado soy! He seguido el consejo de
usted puntualmente y al pie de la letra; he des-
crito todas las maravillas del mundo exterior;
pero los fieles han olvidado el respeto que de-
bían al sagrado del templo y me han aplau-
dido....

La verdad había triunfado del error. Los se-
cretos del Universo, revelados por el genio de
la ciencia moderna, eran superiores en gran-
deza y sencillez á las elucubraciones y conjetu-
ras creadas por las fantasías mas ardientes: la
poesía de la realidad había triunfado de la poe-
sía de la fábula.

J. GENARO MONTI.

Un buen partido.

No voy a referirme á ninguno de los muchos
que en el día aspiran á labrar la ventura de la
nación, labrando de paso la suya propia, ni soy
tan cándido, aunque me esté mal el decirlo, que
vaya á creer en la existencia de un partido
bueno, tratándose de los partidos políticos cu-
yos programas y tendencias pueden ahora dis-
cutirse sin incurrir en el enojo de los dioses.

Aludo honestamente al interesante objeto que
la mujer de determinada clase llama, con si-
nistera intención, *un buen partido*, por creer
optimista que el objeto mencionado reúne las
necesarias, indispensables cualidades para in-
gresar en la benemérita clase de los maridos.

La mujer se equivoca un noventa y nueve y
medio por ciento en eso de los buenos partidos;
pero su conducta ulterior demuestra en muchos
casos que, si puede equivocarse, jamás se re-
signa ni transige con sus propios errores; pro-
ceder que en cierto modo responde á un prin-
cípio de justicia que merecería pomposo elogio,
si no saliera de ese juego algo maltrecha y
ofendida la moral pública.

¿Qué cosa es un buen partido? En lo físico, se
parece bastante al hombre, aunque gasta en
cosméticos y perfumes mas que cualquiera mu-
jer. En lo moral, es lo que Dios para los mate-
rialistas: un mito.

Puede ser estudiante de leyes ó de medicina
que en muchos exámenes ha cosechado gran
número de calabazas. Natural de un pueblo de
reducido vecindario, sus padres, honradísimos
labradores, han querido darle carrera, y al
efecto le enviaron á Madrid, donde le sostienen
con no pocos afanes y fatigas, acariciando la
esperanza lisonjera de que un día el chico sea
apoyo de su vejez y gloria de la familia, sacan-
do de la oscuridad el apellido Perez ó Gutierrez,
tan acreedor como cualquiera otro á fijar la
atención del vulgo.

Pero el chico, sobre ser vacío de mollera, no
tiene pizca de afición al estudio, y así se cuida
él de los libros como yo de cantar misa. Muchos
ejemplos *saludables* le demuestran con exacti-
tud matemática la inutilidad de la ciencia; para
él el fin de toda aspiración humana se reduce
al bienestar material, y ese rarísima vez lo al-
canzan los sabios, en tanto que los necios y los
imbéciles obtienen casi siempre el favor incon-
dicionable de la insolente fortuna.

Ser ricos ser feliz: hé aquí el problema. Para
llegar á la realización de tan *positivo ideal*, hay
necesidad de seguir con aprovechamiento una
carrera, concluir la brillantemente y pasarse
después un respetable número de años defen-
diendo pleitos ó curando enfermos; ¿qué locura!
Hay otros caminos mas cortos, caminos sin
azares, sin espinas, que mas bien son paseos
agradabilísimos en cuyo remate se encuentra
la tierra de promisión. Uno de ellos, el mas
pintoresco, es el casarse con una mujer rica.

Desde el punto en que da con la clave, el hu-
milde campesino se transforma en elegante cor-
tesano—en lo tocante á la corteza.—El sastre,
el sombrerero, el zapatero y demás industrias
las apreciabilísimas, de fama, dedicados á la
ingrata tarea de blanquear *sepiolos*—como dijo
no sé quien, hablando metafóricamente—son
sus primeras propiciatorias víctimas. El ilumi-
nado, llamémosle así, viste siempre á la última,
gasta las uñas largas, se peina como cierto
bufon muy célebre de París (peinado que ahora
se estilaba en España no sé por qué) y usa que-
vedos, quevedos que acaban por estropearle
una vista de lince que tenía cuando vino del
lugar.

Equipado de tal suerte, concurre á los paseos,
al teatro, á los cafés, á las tertulias, á todas
partes, en fin, donde cree que puede pescar una
dote de cierta importancia.

En el gesto, en el aire y en el ademán parece
un mal cómico de la lengua representando una
comedia malísima. Habla enfáticamente, escu-
chándose con estúpido deleite el sinnúmero de
tonterías que ensarta. En ocasiones la da de
gracioso y refiere cuentos que nunca vienen á
ídem. Repite, fuera de sazón, las frases inge-
niosas de algún ingenio trasnochado y vende
por auyas las ideas luminosas que ha robado á

algun hombre de talento. Está, como Narciso,
enamorado de su persona, y gasta en el toca-
dor una gran parte del día.

Comprendiendo, en un momento de lucidez,
que después de su indisputable mérito perso-
nal lo único que puede abonarle es su carrera,
tantas veces comenzada, trata, por fin de con-
cluir *legalmente*; es decir, procura obtener el
título,—que la carrera para él no estriba en
otra cosa.

Tan desapicado como siempre, luego que
llegan los exámenes, lo primero que hace es
buscar una carga de recomendaciones para sa-
lir del apuro. ¿Las encuentra? ¡Ya lo creo! Y de
primera calidad.—El diputado por su distrito,
el director general X, que le acompaña todas
las noches á tomar café, el ex-ministro N.,
paisano suyo y otras personas de *calidad*, po-
nen á contribución su valimiento á fin de que el
perezoso é inepto estudiante sea por lo menos
aprobado, aunque él desearía sacar notas de so-
bresaliente, pues si bien es cierto que no sobre-
sale en ninguna de sus asignaturas, distingue-
se notablemente en el billar, en la ruleta, en el
tiro de pichon, etc., etc.

El tribunal de profesores lleva á las veces su
complacencia hasta la criminalidad, y andando
el tiempo, ponela hacienda, la honra ó la vida de
los ciudadanos en manos del primer badilque
que provisto de un título de abogado ó de mé-
dico, puede legalmente cometer todo linaje de
desafueros y atrocidades.

Sin embargo, no siempre hay que temer este
peligro. El hombre, desdichado á casarse con una
mujer rica, considera su título profesional
como un adorno complementario, como un ali-
ciente mas, agregado á los muchos que en sí
lleva su gentil persona... y no piensa *ejercer*;
—acto magnánimo y generoso que minica la agra-
decida bastante la ingrata humanidad.—Por
otra parte, sería para él obra de romanos in-
formar en un pleito ó recetar una pócima en
latín sacristanesco á un enfermo leve. No plan-
ta meterse en libros de caballería, y hace per-
fectamente. De lo contrario, ¿qué quedarían
reducidas sus aspiraciones? No valdría ciertamente
la pena de doblar el cuello al yugo ma-
trimonial: él no sigue otra carrera, fundamen-
talmente hablando, que la de *buen partido*, para
ser luego un marido á la moda.

El cuidado de su barba, siempre empapada
de brillantina, las bien igualadas guías de su
bigote, constantemente domadas por el cosmé-
tico; el peinado cuasi mujeril de que queda he-
cha mención y los *imprescindibles* é interesan-
tes quevedos montados sobre la nariz impi-
diéndole ver las cosas claras; hé ahí el manejo
de irresistibles atractivos con que cuenta para
la realización de sus dignos propósitos.

Entre las mujeres discretas hace un triste
papel; entre las cursis recoge algunas simpá-
ticas por espíritu de compañerismo, y suele cap-
tivar el corazón de ciertas matronas burocrá-
ticas, de cortas luces y ancha circunferencia.

Donde causan verdadero extrajo sus medios
de seducción, es en la inocente clase media que
funda y realiza su porvenir en el tráfico y ven-
ta de artículos de *comer, beber y arder*. Para la
hija de un tendero de ultramarinos, jóven, cap-
dosa y sencilla, que sólo ha visto el mundo
desde la placida tranquilidad del mostrador de
su padre, no sólo es un buen partido, sino un
partido brillante, el *hombre de carrera*, de porte
distinguido—según lo que ella entiende por dis-
tinción—con quevedos artísticamente calados
y uñas extremadamente largas—permítame el
lector que repita tanto los quevedos.

El, recorre antes otras mas elevadas capas
sociales, y cansado de hacer el oso y de estar
en ridículo, *transige* y viene á dar en el clásico
mostrador, donde un padre cariñoso y bueno,
á su manera, realiza alguna vez la ventura de
su hija permitiendo que un vago de profesión
derroche en unos cuantos años los ahorros y
los ahorros de toda su vida, vengando de paso
el crimen de adulterio... ó adulteración, de los
artículos de *primera necesidad*, perpetrado por
el viejo tendero.

Este no es, ni mucho menos, el fin de la his-
toria. Con el casamiento termina la comedia;
pero empieza el drama, y no pocas veces se
llega á la tragedia. Como queda dicho, la mujer
no transige nunca con sus propios errores: el
desencanto no se hace esperar, y la venganza
de la mujer es mas temible que palo de cie-
go. El, que no sabe nada de nada, ignora por de-
contado aquel aforismo que dice: «La moderación
es la que da sabor á los placeres», y el des-
enfreno le lleva á la ruina. Lo que luego sucede,
de sobra lo adivina el lector discreto.

Este ejemplar curioso se puede multiplicar
profusamente en la sociedad de nuestros días,
sobre todo en las ciudades populosas, donde el
ejemplo es el mas elocuente propagandista de
la inmoralidad.

«El hombre—dice Juvenal—es un docil imita-
dor de las cosas malas y vergonzosas. En cada
pueblo, en cada clima se encuentra un Catilina,
pero ¡busquense Brutos y Catones!»

Estoy conforme con el gran poeta, modifican-
do, en parte, su pensamiento. Desde luego no
se encuentran Catones: en cuanto á los Brutos...
se hallan en gran número con solo tender la
vista sobre ciertas clases de la sociedad, que
no son, por cierto, los mas infelices.

¿Qué es, en último término, el personaje ca-
lificado de *buen partido*? ¿Qué son las personas
á quienes merece esa calificación?

Otra clase de Brutos; pero Brutos al fin.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

Cucurbitáceas.

De tallo herbáceo flexuoso y trepador; adornadas de
sencillos flores, amarillas, rosadas ó blancas, de grandes
hojas alternas palmatinervadas, provistas de caprichosas
espinas; y zarcillos para adherirse á los objetos próxi-
mos, y de gigantescos frutos de variadísimas formas, las
cucurbitáceas constituyen uno de los grupos de mas her-
mosos y mas útiles vegetales.

Originarias estas plantas de las zonas cálidas, la bre-
vedad de su vida hace que puedan en el estío desarrollarse
en nuestros climas con facilidad. Hace ya muchos si-
glos que están acclimatadas en Europa, y al verlas crecer
en nuestro suelo, llenas de vigor y gallardía, parece como
que no les va mal con el hospedaje.

Decian los antiguos que la naturaleza, para ellos orga-
nizada, jugaba con los elementos, y parece esto verda-

algunas veces cuando vamos dibujando, bajo una silueta general una infinita variedad de formas, y dentro de un tipo común, abundancia de las mas opuestas propiedades. Esto acontece en las familias de que nos vamos ocupando.

Concurritas es la calabaza, y concurritas el pepino: éste presenta siempre un mismo modo de ser, mientras que la calabaza, por el contrario, no tiene forma conocida, es el prototipo de la naturaleza. Una vez angostase en su centro, y fraccionada en dos desiguales cavidades forma la calabaza vieja, que siempre trae á nuestra mente la asustada imagen del peregrino; otras se alarga extraordinariamente, y colgada de las trepantes y juguetonas ramas, padece una caprichosa estalactita de topacio: ya se retrae en globosas formas que alcanzan enormes dimensiones, ya modela otras veces engañosa con sus variadas figuras y matices á la línea parana y á otros delicados frutos. Y esta variabilidad y desemejanza de formas remota tambien en cuanto á los caracteres y propiedades de los diversos géneros de la familia. La calabaza que canta la Biblia por amarga, la brinca, áspera y vitosa, y el irritante y drástico clisterio son concurritas, y concurritas son tambien el primado y elipsoide melon y la fresca sandia, esa hermosa fruta de carminoso seno, cubierta de negros lunares que tanto alegra el sediento caminante, cuando descubre en el campo de esmeralda, medio oculto en la tierra, durmiendo á la sombra que le prestan sus dilatados hojas.

No es concurritas, lectores, la historia del melon, ni su vida anecdótica y literaria, porque ya otras elegantes plumas la han narrado, ni os diremos que fué tomada Umas, ni, como Argentea, el celeste general parido en Argues la batalla y la vida, ni por qué, en una circunstancia gozosa cortés y amorosa, concurritas Pompadour el celebre poeta Berni, ni como estos otros peregrinos sucesos en que el melon ha jugado un papel importantísimo. Solo si debo contar que los antiguos, mende felices en este punto que nosotros, no conocieron estos cucurbitos, con el esplendor gastronómico que hoy se presentan en nuestras mesas.

El melon de los romanos debía ser, según lo que se desprende de las descripciones de Paladio, una especie de pepino-calabaza, poco agradable, y su grandor no debía ser mucho cuando, después de una extraordinaria cena, engulló el emperador Albino diez de estos frutos. Todavía, según Plinio y otros autores del siglo XVI, la sandia dulce, agnosa y de carne roja, tal como la vemos hoy, tuvo el todo conectado en su tiempo.

Pero hoy ambas frutas son las joyas del estío, el talismán contra la sed, el antidoto del calor y el regocijo de las fajas. ¡Cállad vosotras milanesas peras, prunos y ciruelas, callad los frutos todos, el melon y la sandia inmensos, esplendentes, llenos de frescura están sobre vosotros y os ofrecen todo vuestro valer.

Contemplad á ese verdadero melon colocado sobre la mesa; el gastronómico lo ha comparado con exquisito cuidado, y ya tendidos los comensales, hace un profético elogio de su excelencia, y armando en mano de una acerada hoja, se prepara al sacrificio. Introduce el arma, que mas bien que cortar se desliza por entre las jugosas carnes que exhibian una fragancia aromática que se difunde embalsamando el aire, y el Asitron, orgulloso de su asistido en la elección, reparte una tajada por cada elogio que ensalza la calabazosa fruta.

Pero es necesario un exquisito cuidado y una gran inteligencia gastronómica, para escoger un buen melon ó sandia: cuando os fijéis ante un abultado montón de cucurbitáceas, haced siempre de aquella que os alarga la mano del llamado melonero que os dice, resistiéndose de las mas cómicas maneras: «¡Mire Vd. éste, que es un tetrón de azúcar, ni caiga en la tentación de comprarlo, porque aquí le voy á decir que es así siempre una solemne calabaza. Los buenos melones que el vendedor guarda á los amigos, sacan dentro la siesta bajo una estera, fuera de la vista rapaz del romero de los compradores.

El que desea tener un buen melon, empiece por examinar su facha exterior, el estiramiento de la fruta: si tiene bien determinados los caracteres de la casta á que pertenece, si es simétrico, bien torcido en sus matices y de una proporción regular, motivos hay para juzgarlo bueno: buscad la belleza, que pocas veces la halla el melon, y huid de todo melon de color sucio, mal formado, Juanete ó giboso. Examinada ya la conformación, el hábito exterior, se pasa á estudiar el estado de su madurez: el peso, el aroma y la permeación y succubación son los medios exploratorios que nos harán formar un casi seguro diagnóstico. El buen melon es siempre muy pesado con relación á su tamaño, y en la parte opuesta al pedúnculo (vulgo rabo) de la fruta, da un olor aromático muy penetrante si el fruto es de esta fina; pero que estando en sazón debe ser siempre bien perceptible, y en el mismo sitio donde durante la infancia del cucurbitito estuvo implantada la flor, debe la corteza ceder suavemente á la presión del dedo y volver elasticamente á recobrar su posición normal: si no cede está verde, y si cede mucho y queda hundida la cáscara, es que está pasado, fermentado ó podrido. La permeación se efectúa á la vez que se suelta el peso, dando á la fruta algunas palmadas que han de producir un ruido sordo, y sin eco ni resonancia, porque este último delata la caridad, el hueco que tiene la fruta en el centro cuando no está formada del todo la pulpa carnosa.

La sandia se conoce si está madura en el peso y en el estado de la corteza: cuando ésta, al ser arañada, se desprende con facilidad, es un buen indicio.

El procedimiento de calar las frutas es el mas seguro; pero la truhanesca tenacidad de los vendedores es tal, que sostienen siempre que el melon ó sandia que calan es la mas excelente fruta que se ha visto, á pesar de que éste solamente verde ó podrido.

Antes de comer el melon y la sandia, se deben comprar algunas horas antes de presentárselos en las mesas, pues estando calientes se aprecian menos sus agradables cualidades. Para esto basta el sumergirlos donde haya poco en una fresca profundidad una hora, ó ponerlos en agua fría, ó recubrirlos ligeramente de hielo, para que adquieran la temperatura que les conviene.

El melon es agradable, muy saciador y diurético; pero en jugo, del que tambien se hace un excelente vino; es algo ardiente, causa por la que no debe abusarse de él. La sandia es tambien diurética, y esencialmente refrigerante: viene á ser una graciosa copa llena de un licor de melon, que la previsora naturaleza ofrece al hombre para que calme su sed en los ardores del estío. Se ha usado mucho en las fiebres inflamatorias, y tambien en varias afecciones cardíacas, siendo su sustituto, así como la del melon, una de las frutas mayores, tan usadas en medicina.

El melon envidado, esto es, aquel cuyo azócar ha sufrido una transformación alcohólica y etérea, así como el que está duro, verde, es muy perjudicial, y esta fruta fuera de sazón, como toda, hace daño.

Del melon y de la sandia hay una infinidad de variedades: desde el melon de Astrakán, el de Tours, el cantalupo (verrucoso) ó los melones africanos de carne verde, importados en 1777 desde el de Portugal monstruoso, al diminuto fragante; desde la sandia roja de pepino negro y la de colorada, hasta la de Italia de cáscara quebrada y blanca y carne dulcísima, hay una dilatada y variadísima escala. En España hay un melon sin rival, cuya semilla llevada á las demás provincias, aun á la fértil y hermosa Andalucía, degenera y se embasteca en las sucesivas generaciones, por lo que hay anualmente que renovar el melon de Valencia es padre y germen de todos los demás de nuestro país.

El melon valenciano, que es exquisito, alcanza dimensiones increíbles, lo mismo que los demás cucurbitáceas, en su suelo natal: Huelva, Almería y los arrendes de Sanlúcar de Barrameda tambien gozan fama de producir gigantes y excelentes frutos, y en general toda nuestra Península, excepto algun punto como Aragón, y costa del Norte de la naturaleza hermosa ejemplares de estos frutos.

En estos meses de calor, porque están bajo el dominio de la terapéutica farmacológica y la ciencia debe solo residir como en otro tiempo en los iniciados.

J. PARADA Y SANTIN.

Cagliostro en el Buen Retiro.

Al escuchar este verano en los conciertos del Buen Retiro, tan magistralmente improvisados y dirigidos por el Sr. Breton, los lindos *uolises* de Cagliostro, recordábamos la celebridad europea que este místico supo alcanzar, merced á la credulidad supersticiosa que á fines del siglo XVII dominaba en todas las clases de aquella sociedad teurgica y que predominaba no solo en el pueblo sino entre los sacerdotes, filósofos y altos dignatarios.

Saber nacer á tiempo, como dice un filósofo contemporáneo, es una fortuna reservada á muy pocos hombres, y Cagliostro fué ciertamente uno de los mas favorecidos en este concepto. Dotado de una gran vivacidad de espíritu, de clara inteligencia y nacido en una época en que apenas se vislumbraban en la lontananza los primeros albores de las ciencias positivas; cuando en todas partes, lo mismo en Grecia é Italia que en Egipto y en las riberas del Tigris y el Eufrates, la humanidad rendía ciego culto á las ideas místicas y á los sortilejos; cuando mas avasallada estaba la sociedad por ese algo inherente al hombre que se llama fe, creencia y que es la condición *sine qua non* para hacer ver los resultados mas maravillosos é inverosímiles, le fué fácil aprovecharse del descubrimiento del magnetismo animal, haciendo de él un sistema médico de efectos tan sorprendentes en apariencia como los obtenidos por Hahnemann con su método homeopático y como los obtenidos por los espiritistas con sus *mediuns* y sus mesas giratorias, basados todos en principios idénticos en el fondo, aunque diferentes en la forma.

Una de las ciudades en que mas eco alcanzaron estas ideas fué Paris, y en ella apareció Cagliostro, que bien pronto dejó atrás á Mesmer, perfeccionando su método, del cual fué continuador.

Como quiera que las ideas filosóficas han impuesto su manera de ser en todos los ramos del saber humano, invadiendo de hecho la medicina, así es que los médicos, á semejanza de los filósofos, veían en toda la intervención de los espíritus y querían explicar los fenómenos de salud ó de enfermedad por la ausencia ó la presencia de aquellos en una parte del cuerpo ó en la totalidad. En tal concepto, nada tiene de raro que los médicos charlatanes ó los simples embaucadores tratasen de explotar las ideas de la época y procurasen obtener la curación de los enfermos separando de su cuerpo esos entes imaginarios que lo perturbaban. Alentado Cagliostro por estas ideas vulgares y que con tan buen éxito cultivaba alguno de sus antecesores, no quiso desperdiciar la ocasión con que la suerte le brindaba. He aquí el procedimiento que constituía su ingeniosa terapéutica; pero bueno será advertir de paso que las enfermedades que solían ceder á los medios por él empleados eran las de índole nerviosa, que como es sabido, son peculiares casi del sexo femenino; así es que su clientela la constituían principalmente mujeres.

Sentada la enferma con la espalda vuelta al Norte, colocábase en frente tocando pié con pié y rodilla con rodilla, y paseaba suave y dulcemente las yemas de sus dedos por los puntos enfermos, sumando la eficacia de esta tacción con una mirada sostenida é intencionada y con la armonía de una música melodiosa. Después trasmitía el fluido de que se decía hallarse saturado, mediante una varita de hierro terminada en punta obtusa, haciendo figuras y contorsiones extrañas que animaban la escena, produciendo unas veces accesos de risa, de llanto ó de bien desmayos, gritos ó convulsiones. Por último, tenía una cuba á medio lleno de agua, en cuyo fondo habia limaduras de hierro, pedruzcos de cristal, una fila de botellas de cuello convergente, llenas de agua, y encima otra de cuclillos divergentes, cubierto todo con una tabla agujereada por donde salían varitas de hierro y de cristal que los enfermos cogían, y después de mirarlos con religiosa atención, aproximaban al sitio del mal. Todo esto presidido por el operador y acompañado de las indispensables posturas bizarras y de su armonía. Si el acto provocaba algun acceso, cogía á la enferma del brazo y la conducía á la sala de las crisis, santuario donde sólo él podía penetrar, y en el que le prodigaba los mas solícitos cuidados. Como es de suponer, la inmensa mayoría presenciaba impasible estas prácticas, pero no faltaba alguna que no pudiendo resistir la influencia de las *corrientes magnéticas* era acometida de una crisis, de la cual curaba completamente, y estos éxitos daban fama al mago, llegando á adquirirla tan extraordinaria que los parisenses hicieron su busto en mármol poniéndolo al pié una dedicación entusiasta.

Cuanto que el hechicero curaba mas enfermos por su figura elegante, hermosa y varonil, agudo ingenio y la finura de su trato que por su magia varita, su sistema de botellas y su caja de música. Sea como quiera, la calle de San Claudio, de Paris, donde vivió, estaba invadida constantemente por carruajes ocupados por elegantes damas que solicitaban á porfia sus auxilios.

Por qué y cómo han tenido origen los *uolises* de Cagliostro, que con tanto gusto hemos escuchado en los jardines del Buen Retiro? Lo ignoramos; pero es lo cierto que su autor ha escrito en ellos notas de expresión tan dulce y lánguida, que dibujaban en nuestra mente el cuadro de una enferma *fusional* al caer desmayada en brazos del magnetizador, trasporrábanos estáticos á la antecala de las crisis.

C. L. ADRADAS.

Predicciones

de años secos y lluviosos.

La tenaz persistencia de las lluvias en los países de aliente los *finiques*, como tambien el prolongado invierno que en ellos desata granados rigores, han vuelto á resucitar la cuestión ya hábilmente tratada por Babinet de las causas principales que los originan. A las explicaciones que uno y otro da hace la prensa extranjera á los hombres competentes para que formen sus opiniones de una manera correcta, solo responde un silencio mudo. Como han de contestar basta tener en cuenta la complejidad de los fenómenos meteorológicos, y mas principalmente de la lluvia. Los factores que á producción ó modificación concurren para dar por fin y justifican tan prudente silencio, tan insustentable reserva.

En este asunto, que tan alto interés encierra para la agricultura, para las empresas de explotación y mercantiles como para las comodidades y seguridad de la vida, el empirismo ha tratado de dictar reglas que la sazón y la ciencia de consuno rechazan. La influencia lunar que por atendibles razones científicas cayó en completo descrédito, si bien no en total olvido, vuelve hoy á ser sostenida y presentada á la consideración del público.

Los periódicos *The Times* y *Le Journal des Débats* han publicado varios artículos que tienen eco en la prensa de España, dando reglas autorizadas por un falso aparato científico, para predecir los terrenos frios y húmedos como los secos y calientes. Reglas formadas prescindiendo á sabiendas y para abreviar de elementos numéricos importantes, y reservando los que señaladamente concurren á la confirmación de aquellas.

Bastan el examen del número del año y una simple división para saber si no fuere ridículo para predecir tan extremados accidentes.

Según los mantenedores de estas reglas absurdas é injustificables, la acción de la masa de la luna modifica esencialmente la marcha de las corrientes aéreas, y consiguientemente de las corrientes de las aguas, y bajo su influencia, la traslación periódica y ordenada del Sur al Norte, del Norte al Sur de la tierra. Bien es verdad que atentos solo á la confirmación de sus reglas, por extremo peregrinas, no tienen en cuenta, como si fueran cosa baladí, las épocas de las declinaciones lunares extremas que les llevarían como de la mano al restablecimiento de la doctrina de Toldeo, formal é irremisiblemente condenada por la ciencia. Verdad es tambien que no tienen en cuenta ni las leyes generales de la atracción, ni la naturaleza gaseosa del aire, ni la gran complejidad del fenómeno, ni las teorías termodinámicas, ni la unidad de las fuerzas naturales, ni la eficacia modificadora de los accidentes locales y fortuitos, ni la acción condensadora de la luz, ni la acción inductiva y eficaz del estado eléctrico de la atmósfera.

Bien sabido es que en el estudio de los fenómenos naturales, solo la observación y la experiencia suministran los elementos necesarios; los procedimientos analíticos á que estos en ultimo término se someten, dan á conocer las primeras causas periódicas ó principales, luego las perturbadoras ó secundarias que á la producción de aquellos concurren. Así, que la observación ha dado á conocer la ley invariable de las estaciones en los diversos lugares de la tierra; la distribución de lluvias en los mares, islas y continentes. La influencia de la electricidad en su producción y persistencia; las causas de las sequías que predominan en determinadas comarcas y las de la abundancia de las lluvias; á veces perjudicial, que riegan otras regiones por la naturaleza favorable.

Pues bien; la observación y los procedimientos analíticos demuestran palmariamente que es absurda y reusable toda teoría que en la acción del satélite de la tierra se fonde. La termodinámica y las leyes de la atracción demuestran que la acción de la masa de la luna sobre la atmósfera terrestre es una puerilísima parte de la que sobre ella ejerce la calor del globo que rige los movimientos planetarios.

La acción extremadamente débil de la luna sobre las masas de aire que en arrebato torbellino avanzan del Ecuador hacia las regiones circumpolares, es fácil y considerablemente sobrepasada por multitud de accidentes; ora una corriente marina que les imprime una derivación general ó especial; ora una isla montañosa que las divide en corrientes parciales moviéndose en distintas direcciones; ora la existencia fortuita de corrientes aéreas de dirección igual ó contraria, bastan para hacer completamente ineficaz, casi nula, la pretendida influencia que en vano algunos tratan de acreditar.

Y si se considera el fenómeno de la lluvia que casi siempre acompaña á los tormentos, en siencillosimo por extremo, pero complicadísimo cuando de darle cumplida explicación se trata, es mayor el embarraso del ánimo para aceptarla; así bien, saltan á la vista los poderosos motivos que obligan á rechazarla teniendo en cuenta como unas veces aquellas se resuelven por transformaciones súbitas y misteriosas y como unas mismas nubes tempestuosas arrojan mas ó menos agua en los diversos lugares de su trayectoria.

Como por la acción de la luna podrian tener explicación las anomalías singulares que tal fenómeno presenta en los continentes? Como por ella se explicaría el hecho de producirse lluvias á torrentes en las regiones centrales de Francia y Dinamarca, en tanto que á veces apenas á enjugar la tierra bastan las que caen en las extensas zonas meridional de la segunda y boreal de la primera?

Si la acción de la luna perturba y dirige, siquiera en el concepto mas racional de agente secundario los ciclones y por ende las lluvias que los acompañan, como explicar el hecho que en dos regiones próximas las lluvias no se presentan con la misma intensidad y que los años de máximas y mínimas no son los mismos para una que para otra?

¿Cómo podria explicarse la abundancia de las aguas lluvias en los continentes africano y europeo, considerablemente mayor en el primero que en el segundo?

Finalmente, si algunas coincidencias han podido alguna vez dar pábulo y robustez á tal doctrina, ésta ha quedado completamente desacreditada y en total abandono. Si torciendo expresamente la interpretación de ciertos elementos numéricos han querido algunos formular reglas empíricas para la predicción de los años secos y lluviosos, éstas deben ser tenidas por cospichosas.

Si el estudio de todos los elementos dados por la observación arroja un resultado claramente contrario á conclusiones preconcebidas ó formuladas sin tener en cuenta todos, absolutamente todos aquellos elementos, como sucede con las reglas formuladas en los periódicos extranjeros ya citados, éstas deben ser tenidas por absolutamente falsas.

RAMON ESCANDON.

Baden-Heidelberg-Francfort.

(Notas de viaje.)

Desde Hohenbaden eleva el viajero la mirada, y en vano trata de percibir por entre los troncos de los robles, los gigantescos peñascos que coronan la cima. Estos rudos atletas de piedra son producto de un terremoto que, según la *Guía*, que en la ciudad acaban de darne, no se renovará mas. Si la *Guía* no me hubiese tranquilizado de una manera tan absoluta, yo no hubiera subido; pero el libro estaba impreso después de la guerra, y me dije: Quizás los vencedores hayan hecho con la montaña algun tratado.

A medida que iba ascendiendo, veia levantarse á intervalos en la llanura ligeras columnas de humo: la guarnición de Rastatt hacia ejercicios de fusil. A intervalos tambien sentia resonar detrás de Hohenbaden terribles truenos: la artillería de Strasburgo hacia ejercicios de cañon.

La administración badense ha tallado cómodas escaleras sobre las rocas y ha bordado de balaustradas los precipicios; se sube hasta la cumbre sin peligro y sin fatiga y se sienta uno sobre el pico mas elevado de Felsen. Desde allí se ven en toda su amplitud el valle del Rhin y se distinguen claramente los Vosgos por encima de la catedral de Strasburgo; el Rhin, atravesado el panorama, formando graciosas ondulaciones, y después de ensanchar su cauce poderosamente sobre las llanuras que ocupan la derecha del paisaje, desaparece deslumbrando el horizonte.

El poético paseo de Lichtenthal, que durante algun tiempo fué el primero del mundo, ha perdido su brillo y su grandesa, pero no su armonía. Ya no lo cruzan emperadores, ni príncipes, ni jugadores en ganancia; si algun inglés pasa hoy por allí, es de esos que disputan en la Casa de Conversación cuando el mozo les pide seis centimos por un bock en lugar de cuatro,

que es lo que cuesta en toda Alemania.

Si por la noche os acercáis á los comercios que dan al jardín del Casino el aspecto de una perpetua feria, los dueños salen á la puerta y os preguntan:

—¿Sois español?

—Sí.

—¿Es acaso en España donde está el dinero? Aproximados al elegante kiosco de la música, solo en uno ó dos sitios se habla inglés; alemán, portodas partes; no se oye una sola palabra francesa... ¡Ah! Por allí percibo algo que se meja la elegancia parisiense. —No son de Paris aquellas damas? —No, son de Munich. Ellas rompen la monotonía del cuadro.

La orquesta es magnífica; habrá en Alemania pocas mas completas.

Veamos el programa del concierto: —Hamm, —Lortzing. —Gobarts. —Schumann. —Wagner... ¿De dónde ha salido toda esa música tan negra? ¿Es esto un concierto, ó una misa? Al fin *Le Petit Duc* hace su entrada; Lecocq triunfa sobre todos los compositores precedentes; el público se anima, y de triste y taciturno se torna alegre y expansivo; se habla con el que se tiene al lado; si llegais de Paris, lo primero que os preguntan es si conocéis á la Granier y á Zola. Una *quadrille* de Offenbach termina el concierto. Meyerber dijo siempre, hasta el fin de su vida:

—Offenbach es mi mejor discípulo!

En Heidelberg he presenciado una escena extraña. Cincuenta ó sesenta personas ocupában la mesa redonda del hotel; los mozos iban á empezar á servirnos. En esto entra en el comedor un caballero de bastante edad, cuyo rostro tenia algun parecido con el del emperador Guillermo. Todos notamos al punto la semejanza. Un gran número de alemaneses levantaron sus sitios, se dirigen al recién llegado y ruegan que presida la mesa, haciéndose así la ilusión de que el emperador mismo les preside. El caballero se resistió al principio; pero luego cede y ocupa ceremoniosamente la presidencia. No he vuelto de mi asombro todavía.

En cuestión de parecidos recuerdo un hecho que tambien es curioso. Hace algunos años dió al público de Paris la manía de aplaudir furiosamente á un actor mediano del teatro de Vaudeville. —¿Por qué le aplauden Vds. tanto? preguntó en alta voz uno que no estaba en el secreto.

Un espectador le contestó: —Pero hombre, ¿no ve Vd. como se parece al príncipe Jerónimo Bonaparte?

La aristocracia alemana manda sus hijos á la universidad de Heidelberg. Reunense estos allí en número de seiscientos. Sus estudiantes, y las ruinas de su celebre castillo, son todas las curiosidades de Heidelberg: de modo que el viajero visita al mismo tiempo la Alemania del pasado y la Alemania del porvenir.

Los estudiantes están divididos por grupos; cada grupo usa una gorra de distinto color y aun de distinta forma, y representa uno de los países confederados ó anexionados. Es tan honda la división que entre estos grupos existe, que jamas vereis juntos en Heidelberg á un estudiante de Wurtemberg con otro de la Prusia Rhiniana, ni á uno de Baden con otro de Hannover. Cuando individuos de diferentes secciones se encuentran en la calle no se saludan. Si se reúnen, es para luchar en un campo especial dedicado á los combates, junto á las puertas de la ciudad, á la orilla del Neckar. El temperamento de estos jóvenes es guerrero; andan por las calles á bandadas, mirando con altivez á los transeúntes; son los tiranuelos de la ciudad; la gloria militar les ciega; el nombre del emperador les seduce. Una vez se han reunido cordialmente todos ellos antes de las actuales vacaciones; fué con objeto de celebrar las *bodas* de oro del emperador Guillermo. Su entusiasmo fué tan grande, que durante ese día bebieron siete mil litros de cerveza.

Las ruinas del castillo de Heidelberg son la mas importantes del gran Ducado. No creo que tengais gusto en leer una columna ocupada con los nombres de los margraves que han edificado la fortaleza, que la han demolido y que la han vuelto á edificar y á demoler, ocupacion exclusiva de toda aquella serie de Federico y Rodolfo. En una de sus cuevas está el Gran Tinel hecho para guardar vino del Rhin, y hoy poblado por un ejército de ratones.

Francfort en medio de Alemania es como un oasis en medio del desierto. Esta ciudad no olvida sus libertades; por el contrario, se inspira en ellas al pedir su secreto al porvenir. Desde que entráis en Francfort sentis cuán fuertemente palpita aquí el siglo XIX. Así es que esta ciudad es la pesadilla constante de Bismark y la mas grande inquietud del imperio. Los ataques del *Frankfurter-Zeitung* (*Gaceta de Francfort*) pidiendo con insistencia una sociedad civil, libertades y economías, son los que hoy preocupan mas al gobierno alemán. Francfort está sola; la llama cundiria si Alemania fuera un país, pero Alemania es un ejército.

El director y propietario del *Frankfurter-Zeitung* es un israelita llamado Sonemann; su admirable campaña en defensa de los principios democráticos y la valiente entereza que ha venido mostrando desde que la libre ciudad vio sus derechos desgarrados por las bayonetas prusianas, han hecho de Sonemann el perpetuo representante de Francfort en el Parlamento y en el Reichsthat.

Sonemann tiene próximamente 50 años; es de palabra fácil y viva; ha hecho con su periódico una respetable fortuna, y su especialidad está en las cuestiones de Hacienda.

Acabo de asistir á una representación del *Lohengrin*. La obra es lenta, lentísima. El segundo acto dura mas de hora y media. En el acto primero hay un duo notable; en el segundo, un concertante grandioso.

Los artistas son como la obra; lentos tambien. Una tiple de primer orden, Naumann-Ungel, arranca bastantes aplausos. Las facultades de esta artista son extraordinarias; no parece alemana, tiene rasgos y actitudes misionales.

El teatro me hace recordar que estoy en Alemania; se entra á las seis de la tarde; se sale á las nueve y media. De modo que en verano, después de una obra de cortas dimensiones, el público está ya en la calle casi de día.

ERNESTO GARCIA LADAVESE.

Francfort 21 de agosto de 1879.

Imp. de EL LIBERAL, á cargo de L. Polo, Alameda 3.